EL DOMINIO DE LOS PUEBLOS BÁRBAROS EN ITALIA

(EDAD MEDIA)

SEGÚN dejamos dicho en el artículo anterior, el primer rey godo que gobernó en Italia fué Odoacro. Sucedióle su hijo Teodorico, rey de los ostrogodos, el cual hizo tanto por fundir a los romanos con los « bárbaros » y de tal modo fomentó la prosperidad de la nación, iniciando obras públicas, restaurando monumentos, levantando edificios y protegiendo el arte, que su memoria es justamente venerada. Y cosa digna de ser notada: este rey, tan amante de la cultura y del progreso, no sabía escribir, y para trazar las letras de su nombre se servía de una plancha perforada, a través de la cual guiaba con fatiga la mano.

El emperador que hizo de Italia una provincia bizantina fué Justiniano, que recogió todo el tesoro de la legislación romana en una gran obra titulada: « Cuerpo del derecho civil justinianeo », base, aun hoy día, del derecho moderno, en todo el mundo.

La guerra entre griegos y godos y la mala administración fueron nuevas fuentes de desventuras para Italia.

Desde las lejanas regiones escandinavas, después de haber errado durante más de un siglo por Europa, se asomaba a los Alpes un pueblo bárbaro, los *longobardos*, esto es, los hombres de las *largas alabardas*, los cuales conquistaron las tierras venecianas, tomaron Pavía, y extendieron su dominio por otras regiones de Italia.

Eran los longobardos arrianos, y, aunque no tardaron en convertirse al catolicismo, el Papa no veía de buen grado su avance, que amenazaba a la seguridad de la península y, por tanto, a la de Roma, cuyo obispo era. Así, pues, acudió a Carlomagno, rey de los francos, solicitando su ayuda contra los longobardos. Pasó Carlomagno a Italia, y derrotando a los invasores, ciñóse su corona de hierro, y se proclamó rey de los longobardos, siendo más tarde coronado emperador romano por el Papa, en la Basílica de San Pedro.

No tardó, sin embargo, en originarse una gran lucha de supremacía entre el Papa y el Emperador.

Carlomagno dió a Italia una organización semejante a la de Francia; dividió el país en distritos, algunos de los cuales se llamaron marcas, de los mojones o señales que indicaban sus confines, y puso, al frente de ellos, jefes llamados *condes y marqueses*. Así nació el feudalismo en Italia.

Las tierras estaban divididas entre poderosos señores, los cuales debían obediencia únicamente al rey, siendo en lo demás señores absolutos; vivían en castillos rodeados de altos muros, y su diversión favorita, en tiempo de paz, era la caza y los torneos, encomendando el cuidado y cultivo de las tierras a los aldeanos, hombres míseros, reducidos casi a la condición de esclavos. Poco más de siete años después de la muerte de Carlomagno, su sucesor fué obligado a abdicar por los feudatarios; el imperio de Carlomagno fué dividido en varios reinos, siendo llamado a regir Italia el marqués de Friuli, Berenguer, al cual sucedió su hijo, Berenguer II, marqués de Ivrea, qué fué vencido por Otón I, príncipe alemán. Durante cuarenta años, Italia estuvo sometida al nuevo conquistador y a sus dos sucesores del mismo nombre, los cuales trataron inútilmente de conquistar su parte meridional, ocupada a la sazón por los griegos, sarracenos y longobardos.

Muerto Otón III, ciñó la corona imperial Enrique IV de Baviera, el cual se quiso arrogar el derecho de elegir obispos y dar otros cargos eclesiásticos, cuyo nombramiento atañía al papa. De ello nació una gran lucha entre el papado y el imperio, conocida en la historia con el nombre de lucha de « las investiduras ».

Los normandos desembarcan en las costas meridionales de Italia

Las enemistades entre el rey Enrique IV y el papa Gregorio VII, originadas por la cuestión de las investiduras, obligaron al monarca a poner sitio a Roma, después de haber hecho preso al pontífice. Este llamó en su ayuda a los normandos, hombres del norte, como indica su denominación, los cuales, saliendo de la península escandinava, se habían extendido por Rusia, Inglaterra, Groenlandia y América. Pero particularmente se contentaron con piratear a lo largo de las costas de Francia; y no contentos con ello, conquistaron la región a que dieron el nombre de Normandía.

Nueve siglos ha, estos aventureros entraron en el Mediterráneo y desembarcaron en Italia, en busca de fortuna. Comenzaron ofreciendo su brazo a los señores que guerreaban en la Italia meridional, y en recompensa obtuvieron tierras y privilegios. Esta circunstancia atrajo a otros normandos, y todos conquistaron algunas provincias italianas, entre ellas Sicilia, entonces emporio de las artes y del comercio La lucha fué ruda y larga: finalmente, los incultos normandos vencieron, después de treinta años de pelea, a los aguerridos y civilizados sarracenos, los cuales, no obstante, quedaron tranquilos en el país con la más amplia libertad religiosa.

La casa de Saboya

A principios del siglo once, precisamente mientras arribaban a la Italia meridional los primeros normandos, vivía en el extremo norte de la península el conde Humberto Biancamano, tronco de la familia de Saboya, la cual más tarde había de dar unidad a Italia y ceñir su corona.

Era Humberto Biancamano un conde estimadísimo en la corte de Borgoña. Su hijo Otón casó con Adelaida, heredera de vastísimas posesiones en la vertiente meridional de los Alpes; y este matrimonio fué el germen de la grandeza que alcanzó la casa.

Con la muerte de Adelaida, mujer valerosa e inteligente, que gobernó el estado hasta su muerte, el esplendor de la casa de Saboya pareció sufrir mengua; pues fué despojada de gran parte de sus bienes, y sus municipios comenzaron a rebelarse, hasta que una serie de poderosos príncipes, entre ellos Tomás I y Amadeo V, reconquistaron y aun aumentaron el antiguo territorio a ambos lados de los Alpes. Cuando algunos pueblos intentaron hacerse independientes, sacudiendo el yugo feudal, los Saboya no impidieron tal movimiento, sino que fueron los primeros señores italianos que reconocieron las franquicias municipales.

Los venecianos mantienen su independencia

Durante años y años, mejor dicho, durante siglos, el suelo italiano fué considerado por los extranjeros como tierra de conquista; y pocas fueron las ciudades que supieron mantenerse independientes, encontrando en sus propias energías libertad y riqueza.

Venecia, Génova y Pisa conservaron la independencia que otras ciudades, como Nápoles, Amalfi, Gaeta y Sorrento, habían perdido por la conquista normanda.

Una ciudad que poco a poco se había levantado sobre pequeñas islas del Adriático, rodeadas de lagunas, ciudad poblada por prófugos, que ya en antiguos tiempos tenían fama de audaces navegantes, estaba destinada a gozar de gran prosperidad. Los primeros siglos de vida de la nueva ciudad no fueron, en manera alguna, tranquilos, pues en ella las facciones se desencadenaron más fieras y desenfrenadas que en otras regiones de Italia; pero desde que el dux Partecipazio trasladó la capital a la isla de Rialto, que surge en medio de la laguna, la ciudad se vió independiente de los bizantimos y de los francos, y comenzó a florecer con el nombre de Rialto o Venecia.

Aspirando a sustraerse por completo de la dependencia del Imperio de Oriente, los venecianos eligieron por patrón a San Marcos, cuyo cuerpo fué traído con gran pompa desde Alejandría a Venecia; y el león, símbolo del evange-

lista, acompañó a los venecianos en el camino de las riquezas y de la gloria.

La historia de los primeros siglos de Venecia abunda en luchas entre familias poderosas, y correrías de piratas, pero justamente combatiendo a estos últimos, que se ocultaban entre las rocosas costas de Dalmacia, Venecia llegó a ser, con el tiempo, la señora del Adriático.

Los suabios en Italia

Entre tanto, en todas las ciudades de la Italia septentrional y más tarde en la central, el pueblo arrebataba el gobierno a los obispos, que eran a la sazón los señores temporales, y se administró por sí mismo, eligiendo cónsules, deliberando en sus *Consejos*, nombrando magistrados, acuñando moneda y decidiendo la paz y la guerra.

Tales instituciones llevaban el nombre de municipios, y sus miembros se consideraban feudatarios del emperador de Suabia, comarca y condado del imperio germánico, entre la Turingia, Baviera y Suiza: pero, como era de esperar, no tardaron en suscitarse luchas entre municipio y municipio, cuyos funestos resultados eran la devastación de ciudades vecinas y rivales. Tales desórdenes atrajeron la atención del emperador de Suabia, Federico Barbarroja, (así llamado por el color de su barba) el cual, habiendo recibido graves noticias de aquellas guerrillas, se encaminó a Italia para castigar a las ciudades rebeldes. La justicia imperial cayó y destruyó castillos y ciudades, dejando tras sí ruinas y dolor.

Volvióse luego el emperador triunfante a Alemania, dejando a un *podestá* o gran magistrado para que gobernase los municipios en su nombre. La insoportable tiranía de este gobernador unió a los municipios, hasta entonces disidentes, en el deseo de la venganza. Las primeras en formar federación fueron las ciudades de Venecia, a las que siguieron los lombardos, jurando la famosa *Liga Lombarda*. Cuando Barbarroja regresó a Italia, no solamente encontró una resistencia inesperada, sino una monumental derrota en los campos de Legnano. El emperador vióse obligado a reconocer a los municipios los antiguos derechos y franquicias.

Mientras ésto sucedía en el norte y centro de Italia, fundaban los normandos un reino fuerte y poderoso en Italia la meridional, y Rogerio II, que ya era señor de ella, fué coronado en Palermo rey de Sicilia, vasto jardín en que florecientes ciudades brillaban con la luz de la hermosa civilización árabe.

Uno de los más esclarecidos sucesores de Rogerio II, fué Federico II. Hizo este rey voto de ir a las Cruzadas, pero más que esta empresa, absorbía su atención el deseo de fundar un gran estado italiano. Cultivó las artes y las ciencias; se rodeó de sabios y filósofos y fundó la Universidad de Nápoles; en su corte de Palermo se reunía la flor de la cortesanía y allí se recitaron las primeras poesías en lengua italiana. Murió este gran emperador a los 56 años, sin haber podido llevar a cabo su designio de fundar un gran reino italiano.

A Federico sucedióle su hijo Conrado IV, emperador de Alemania, el cual murió joven, dejando en su lugar a Conrado V, o Conradino, duque de Suabia y de Franconia. Intentó este emperador conquistar el reino de Nápoles, mas fué vencido, condenado a muerte y ejecutado en Nápoles, en 1268. El fué el último de los emperadores suabios que gobernaron en Italia.

El siglo de las guerras fratricidas

Después de la muerte de Conradino, el papa Bonifacio VIII hizo celebrar un jubileo, que fué una solemne manifestación de todo el mundo cristiano: con él pretendía el Pontífice consolidar la supremacía papal sobre todos los príncipes de la tierra; pero su política no triunfó.

Felipe el Hermoso, rey de Francia, no sólo se rebeló abiertamente contra las pretensiones del Papa, sino que obligó al Pontífice a abandonar Roma; durante su ausencia, los güelfos, partidarios del Papa, combatieron fieramente contra los gibelinos, secuaces del Emperador;

en la contienda sobresalió Nicolás Rienzi, que exaltado por el recuerdo de la grandeza de Roma, intentó restablecer la antigua república. Finalmente, a instancias de los hombres más ilustres de aquel tiempo, entre ellos el Petrarca y Santa Catalina de Sena, el Papa se decidió a volver a Roma.

Graves disturbios ocurrían entre tanto en la Italia meridional y Sicilia.

Esta había caído bajo el injusto y duro gobierno de los Anjou: pero los fieros ánimos de los sicilianos no se doblegaron al yugo francés, y el 31 de Marzo de 1282, al toque de vísperas, las *vísperas sicilianas*, se amotinaron y dieron muerte a los soldados extranjeros: esta revolución se extendió a toda Sicilia, que eligió por rey a Pedro III de Aragón. Siguióse una larga guerra entre los de Anjou y los aragoneses, por la posesión de la isla, que cayó finalmente en manos de los primeros, quedando los últimos señores del reino de Nápoles

El Renacimiento

Los siglos XIV y XV son, por lo que se refiere a la política, tristes sobremanera; la Iglesia decaída de su poder; los pueblos privados de libertad y en manos de señores que aspiraban a transformarlos en principados y que se rodeaban de soldados mercenarios, combatiéndose unos a otros con ensañamiento. Y, no obstante, fué aquel uno de los períodos más gloriosos del ingenio humano y tan grande, que sólo puede ser parangonado con los felices tiempos de Grecia.

Para formarse una idea de la grandeza intelectual y artística alcanzada por Italia en el siglo XIV, basta pensar que en él nos dió al Dante, Petrarca, Bocaccio; pintores, como Giotto y Fra Angélico; escultores, como Balduccio de Pisa; arquitectos como Orcagna.

El culto a las antigüedades clásicas llevó consigo el de la belleza, que había encontrado en el mundo griego su más alta expresión, y todas las artes y ciencias parecieron renacer a nueva vida, bajo la influencia de estudios profundos: de aquí el nombre de renacimiento, que se dió a los siglos XIV, XV y al XVI, que continuó el movimiento iniciado, propagando no solamente las artes antiguas, sino también las ideas de la filosofía griega y del derecho romano, que son las bases de nuestra civilización.

Llamamos a nuestros siglos el de « los descubrimientos », sin recordar otros tantos, no menos importantes, llevados a cabo en aquellos tiempos: la imprenta, las armas modernas, el telescopio, la brújula, el papel, los colores, todas estas cosas, que tan comunes nos perecen, nacieron en aquel célebre período.

No solamente se ensanchó el horizonte intelectual; materialmente creció el mundo, y la humanidad llevó a cabo las dos enormes empresas de la circunnavegación de Asia y el descubrimiento de América.

Todos estos factores modificaron no poco el desenvolvimiento de la vida civil y señalaron el fin de la Edad Media y el principio de la moderna.